LEOPOLDO DE LUIS

DEL TEMOR Y DE LA MISERIA

LA LIRA DE LICARIO

ORIGENES

25 €
1ª edición
Dedicada

Para la poetisa Carmen
Antón Vizcaíno,
con mi mayor interés
hacia su obra que
espero conozca.
Y con la amistad de

Joaquín Lilo

Marzo 1986

LEOPOLDO DE LUIS

DEL TEMOR Y DE LA MISERIA

Colección La Lira de Licario
EDITORIAL ORIGENES

1.ª edición: Orígenes, 1985

Dibujo portada: **Icarus Agonistes**, por Barry Moser.
Diseño portada: Orígenes.
© LEOPOLDO DE LUIS

Editorial ORIGENES, S.A.
Plaza de Tuy, 4
28029 MADRID.

ISBN: 84-85563-32-8
Depósito Legal: M-3220-1985
Printed in Spain. Impreso en España.
Imprime: Técnicas Gráficas, S.L.
Las Matas, 5 - 28039 Madrid

... el advenimiento de un mundo en que los seres humanos, liberados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad ...

(Preámbulo de la "Declaración Universal de Derechos Humanos")

El Ministerio de Cultura concedió una "ayuda a la creación literaria" al autor de este libro, quien, al publicarlo, expresa su agradecimiento al Jurado calificador y a la Dirección General correspondiente.

L. de L.

Para Antonio y Luzmari,
testigos cariñosos
del tiempo de este libro.

UN JARRO, UNOS ZAPATOS

El temor es un jarro
de loza rota donde lentamente
bebe una cuerda de soldados prófugos.
Pasa de labio en labio, cada boca
deja en el barro su temblor, su pústula,
su comisura en el perfil quebrado
y pasa a cada estómago el bacilo
y contagia uno a uno y todos llevan
el corazón con sequedad de fiebre.

La miseria son unos
zapatos que se prueban pies heridos
y transitan de noche por aceras
de piedras que recubren agrias fosas.
Van de unos pies en otros, arrugados,
desgastadas sus suelas asesinas
que matan la esperanza cada tarde
cuando suponen que caminan hacia
el geranio del alba, siempre lejos.

Bebemos de ese jarro, nos calzamos
esos zapatos. Contagiados, prófugos,
caminantes nocturnos. Nos espían
el temor, la miseria, los miramos
en torno nuestro, vemos cómo cunden
sus contaminaciones y sus pasos,
sus sedes y sus sombras epidémicas.
Somos bocas propícias, pies dispuestos
a tragos y caminos acechantes.

DEL TEMOR

EL TEMOR

El temor es un pávido topacio
que se disuelve corazón adentro
y conduce su sílice al encuentro
de una amarilla sangre, y va despacio

hasta volverse lengua de batracio
que nos lame los ojos desde dentro,
y su agobiante fluor por el centro
de la vida prospera y busca espacio.

El temor es alúmina oxidada
y es un sapo de lengua pegajosa
que con furtivo rastro se desliza.

Mineral torna el llanto su vaharada,
el corazón se vuelve gema acuosa
y la esperanza se deshumaniza.

LOS CUENTOS

"... y que el miedo del hombre
ha inventado todos los cuentos"

León Felipe

Un hombre en lo remoto de los siglos
debió de ver alguna noche el miedo.
Yo lo he sabido porque entre las sombras
de mi cuarto aún fulgir sus ojos siento.

Un hombre en lo remoto de los siglos
debió de estremecer de horror su cuerpo.
Yo lo he notado porque algunas veces
no sé por qué también yo me estremezco.

Un hombre en lo remoto de los siglos
debió de sollozar entre sus sueños.
Yo me percato porque muchas noches
de súbito llorando me despierto.

Un hombre en lo remoto de los siglos
debió perder su realidad, su peso.
Yo lo percibo porque me doy cuenta
de que no soy sino un extraño hueco.

Un hombre en lo remoto de los siglos
para tranquilizarse inventó un cuento.
Yo lo descubro porque día a día
repito sus historias sin quererlo.

EL MIEDO

Hay una vieja leña de temores
ardiendo en el hogar. Arrima un poco
del brezo amargo de tu antíguo miedo
y contempla las ramas donde se hacen
humo de pena y ascua de aventura.
Sólo esta hoguera nos mantiene a salvo
del hielo rencoroso, de la nieve
sucia que en torno nuestro siempre giran.
A ese fuego templamos nuestros huesos,
arrancamos en vaho como niebla
la humedad de unas ropas empapadas
en la lluvia de fuera de nosotros.
En el rincón del miedo calentamos
el caldo espeso de las frustraciones
y sorbemos despacio mientras pega
en el portón del pecho la pavura
su seco golpe oscuro.

LA SOLEDAD

La soledad cerró los ojos, puso
los codos en la tabla de la mesa
y esperó a que raíces le creciesen
desde la tierra antígua. Silenciosas
corrientes aportaron sus substancias
desde viejos residuos de tristeza.
Niños abandonados de sus juegos,
bocas donde murieron las sonrisas,
muchachas con cuchillos en los labios
por el hielo acerado de los besos
no ofrecidos, mujeres que abortaron
desde el quicio mortal de abandono,
hombres que sus dos manos sorprendían
como palomas muertas, transeuntes
hacia el último tren de los suburbios,
drogadictos sin viaje de regreso,
bebedores de lágrimas alcohólicas,

tránsfugas del amor y sus suicidios,
ahogados con el légamo del tedio
chorreando en los ojos, ganapanes
del miedo, cargadores de baúles
oscuros de la noche, jornaleros
de la desilusión y sus espigas,
rebeldes con sus *noes* en la cintura,
con sus protestas hechas flor de trapo.
Por la mesa subían las raíces
para nutrir la soledad, los codos
se llenaban de savias ancestrales,
de amargos jugos como sangre, tallos
retoñaba la tabla bajo el hueso
y de la soledad nacían hojas.
Pasaba el mundo, ensordecido ejército:
la soledad oyó sus carromatos
con lenta indiferencia
y se arrancó del pecho algunas ramas.

LA VISITA

Nos visita de nuevo un personaje
familiar. Frecuentaba ya la casa
de nuestros padres y nuestros abuelos.
A su llegada todo se volvía
un arsenal de trágicos augurios,
se hacía denso el aire y en los rostros
anochecían todas las sonrisas
como una tarde muerta más temprano.

Mas los pequeños no nos percatábamos,
hechos de carne de sorpresa y gozo,
súbitas golondrinas de mañana,
alas de amanecer, y lo veíamos
mientras organizábamos combates
atravesar las lentas galerías
como pisando alfombras temerosas,
casi sonriendo a nuestro juego incauto.

De cuando en cuando el visitante vuelve
con su triste uniforme sigiloso,
con la bruma oscilante de sus mitos,
sus vagas asechanzas por careta.
Hemos dejado de ser niños y ahora
comprendemos que nada es comprensible,
que ignoramos las causas que sabemos
y que es la de un fantasma su visita.

Ahora de nuevo vuelve el visitante.
Avanza por los hondos corredores,
deja una vieja espada contra el muro,
maneja en cambio cartapacios grises.
Se llamaba Damocles, hoy emplea
otro nombre confuso y en sus planos
despliega plataformas como dientes
con mordedura a cinco mil kilómetros.

AL FIN SOLOS

Al fin solos; qué trágica evidencia,
cuánta decepcionada certidumbre
fue necesaria para que hoy alumbre
tan clara la conciencia
de una raíz de soledad que nada
ciega o mutila o acompaña o poda,
esta es la soledad tras de la boda
de cada cual con cada
cual. Cada uno con su *yo*, consigo
mismo. Al fin solos: nadie es compañía.
De la noche final de cada día
uno es su propio y único testigo.
Solo y superviviente,
atado a sus desnudas soledades,
cogiendo por la orilla dos verdades
que nos obligan a servir de puente.

FALSO ESPEJO

Venimos contemplándonos en un antíguo espejo
donde no se refleja nuestro entorno:
sólo el perfil, la línea, la figura
que avanza imaginadamente exenta.

Es un espejo falso: tiene doble
luna, falaz azogue lo reviste
y reproduce siempre un yo nunca completo.

Cual desde la penumbra de una sala
cómodo espectador, frustráneamente,
contemplando el trajín del escenario
las marionetas mira y no percibe
el haz de hilos que las traen y llevan.

Somos espectadores de nosotros
en un espejo atroz que nos confunde,

nos capta en sus reflejos ilusivos
que son el mar en el que nos perdemos,
imagen entre imágenes, felices,
pseudo seguros y pseudo arriesgados
por rutas de oceánicos cristales.
Navegantes o peces, sin ver cabrias,
sin ver timón ni cabos, sin ver redes
que a puertos y almadrabas nos conducen
mientras se aleja mar adentro
la libertad, esa mujer que tiene
extrañamente nuestros mismos ojos.

LOS DOS JUNTOS

Al otro lado está la extraña música
de un tiempo de hojas secas, y tu nombre
aún casi no aprendido: te escuchabas
llamar y repasabas por la fronda
del árbol familiar, buscando rastros.
Es preciso que vuelvan del recuerdo,
que se instalen aquí, junto a los años
en que concluyes las gastadas páginas
de este cuaderno, aquellas realidades
esfumadas, preciso es que regresen
no por nostalgia, no por el placer
enfermizo de asirlas con tus ojos
igual que los retratos donde estás,
donde están, donde estamos de testigos
de un proceso cerrado para siempre.
No es la lana del sueño, la madeja
evocadora que hay que devanar,

no las hebras de la melancolía.
Si es preciso que vuelva aquella música
y que traiga su peso audible, táctil,
visible, oliente, sápido, querido
y odiado al mismo tiempo, como un cuerpo,
es para conseguir el equilibrio,
sólo para ese fin: el necesario
equilibrio. No es fácil andar sólo
escorado hacia un paño, como si
la bola respondiera al mismo efecto
o como si las ruedas paralelas
diámetros distintos presentaran.
Hay que cuidar la estiva, de otra suerte
duele a babor la carga demasiado.
Y el que no vemos somos, somos el
invisible, con tanta realidad
como el que da la cara cada día.
Y han de llevar el peso los dos juntos.

EL BLANCO NO ES COLOR

Todos caminan hacia el mismo círculo,
hacia el redondo espacio, hacia el gran cero
que los asume y gira con la angustia
de un astro muerto hacia la noche opaca.
Giro veloz que los confunde y funde
en su destino cósmico: perfiles,
cuerpos mezclados en la misma luna.
La nada los acerca poco a poco.
Se han esfumado, desleido, vuelto
única sombra blanca sin noticia
de cada cual, mensaje colectivo,
masa de claridad indefinible.

LOS PEQUEÑOS SERES

Llueven pequeños seres cenicientos
sobre el perfil de la ciudad desierta,
minúsculos e iguales como gotas
de un llanto humano y diluvial caido.

Uniformados rostros descolgados
desde inhumano cielo inexistente
donde estaba azul Dios y ahora se rompe
su ambígua indiferencia de luceros.

Qué se puede esperar de tanto bulto
vertical, repetido, opaco, grávido
sobre un silencio de hospital en vela
tras vidrios de cerrada simetría.

Un río formarán frente a dinteles,
junto a umbrales de cal y canto, irán
hechos cuerpos de rígidos lamentos
a perderse en la mar que es el vivir.

LA CRUELDAD

La crueldad es un motor minúsculo
que se instala en el hombre delicada-
mente y fabrica en el cerebro hielo.
Por eso mira con los ojos fríos
y su mirada corta siempre un poco.
A la vuelta del tiempo o en la esquina
de la desesperanza aposta cómplices,
delatores sombríos, espiando
el benévolo paso hacia la luz.

Pasa la cabalgata rumorosa,
pasa el circo ambulante, la doméstica
procesión, la tropilla fugitiva,
los batallones diarios...
Unos ojos
grises escrutan los gregarios tránsitos
y sus miradas los conducen hacia

túneles sin salida. Y un fluido,
un amoniaco lento, vuelve inmóviles
las sonoras y cálidas corrientes.

La crueldad visita los pequeños
laboratorios del rencor
desciende a los talleres de la envidia,
sus tristes artefactos manipula.
Prepara sus redomas, sus matraces,
sus vasijas de pórfido y pizarra,
mezclando el plasma ansioso y solitario
con el nitrato amónico del frío
para cumplir sus planificaciones.

MILENARISMO

A María Teresa Gallego

I

Bernardo de Clairvaux siente el amor fundido
en una primavera azul del alma
y el eros salomónico se quema en mirra ascética
desde sus oblaciones medievales.
Se ha salvado el espíritu de la ciega frontera
milenarista. Vuelve
el *Enemigo* a sus comarcas ígneas,
el fuego se ha aplacado en las conciencias,
la cifra de la *Bestia* se remansa.
El rabino Eisik volvió a Cracovia
y el tesoro deseado descubrió tras su estufa
o tras su corazón. El juicio eterno
se ha demorado un poco.
Han cruzado las gentes el naufragio
de San Juan, abrazadas a las tablas del mito,

han sufrido siniestras ordalías
viendo retroceder al señor de la noche,
al caballo feroz que pateaba sus lechos,
al sapo que brillaba en sus cloacas,
al réprobo en nefandas ligaturas.
Teófilo huye con su hueste antígua,
los héroes empenachan su fulgor sobrehumano
y el Grial escoltado por cuatro ángeles neutros
renueva cada viernes santo su piedra mágica.

Pero en las filacterias siguen las escrituras
pregonando el milenio y las siete cabezas
y la muerte segunda y el estanque de fuego.
Porque el tiempo está cerca.

II

Y regresan los mitos.
Los pequeños guarismos o reptiles deslízanse
entre los transistores de las calculadoras
y el Número recobra su misterio,
su entidad entre el ethos, entre el eros y el logos,
redondeando los ceros míticos del presagio.
Los terrores regresan igualmente
aunque envueltos en trampas nucleares,
la obsesión precipita sus escuadras
mortales contra el muro, contra el portal sellado
una vez más. El alma,
ilusión de sí misma, azuza al cuerpo
que en robots de su propia creación se refleja
y va entre ordenadores programando
los niveles de angustia y de catástrofe.
El mito vuelve a ser materia viva,
más que leyenda: ansia atribulada,
instintivo refugio, madre casi

del niño que regresa. El antihéroe,
la pequeña inocencia salvadora
entre la cibernética y el caos,
como recuperando *le Château de Merveille*
en el país de Alícia o en Bastián, el pequeño
que recorre la *historia interminable*.

Pero en las filacterias siguen las escrituras
pregonando el milenio y las siete cabezas
y la muerte segunda y el estanque de fuego.
Porque el tiempo está cerca.

EL TEMOR SOÑADO

Una mujer con un sombrero loco
y vestida de espuma violeta
acompasa lentísimas liturgias
por los andenes húmedos del sueño
como esperando un tren que nunca arriba.

Una mujer envuelta en su ala roja
con un ramo de luna entre los brazos
atraviesa el jardín hondo del sueño;
sonámbula y hermosa se contempla
en el agua de un río que no existe.

Una mujer o una mañana blanca
avanza transparente hacia el ocaso
por el campo desnudo de los sueños,
abriendo una sombrilla en desafío
a un sol que no alumbró en el horizonte.

Una mujer de terciopelo y luto
escoltada por un galgo de bruma
entra al recinto oscuro de los sueños
y se inclina a llorar sobre un cadáver
que jamás tuvo vida.

DETECTORES

El pato se estremece en las riberas
de su espejo: percibe que el azor
está vecino. Los pinzones rompen
el pequeño cristal de su alboroto:
sienten cercano al búho. El hombre acusa
la presencia del hombre frente a frente.

Hay un miedo animal, una pequeña
sacudida de ramas de hipotálamo
que se aloja en sustratos herenciales
y va en nuestra miseria transeunte
debajo de la piel, detrás del hueso,
confabulando estigmas por el rostro.

Somos un vivo detector de riesgos,
un radar de peligros suscitados,
de ocultas sacudidas de advertencia.
Un glandular soporte de emociones
mientras llega el azor, se apresta el búho
y otros ojos humanos nos develan.

PERO NO TIENEN PANICO

La rosa y la pantera, el colibrí y el toro
no son distintos, pero no lo saben.
La tierra los envuelve con sus azules costras
con sus gravitaciones y relámpagos,
la luna no los llama: los sacude
con su reflejo cósmico y cadáver,
el sol les da en su sombra fugitiva
la seña oscura de que cruzan vivos.
Por carecer de tiempo, son eternos;
por ignorar, son sabios.

Pero no tienen pánico y respiran.
El pánico es la máquina invisible instalada
como un robot en la conciencia, mueve
sacudidas telúricas, seismos
de diminuta conmoción, construye
fantasmas, crea mitos, interpreta
liturgias, sueños, exorcizaciones,
dinamita pequeñas canteras de odio, azuza
amarillos lebreles y a escondidas incendia
pinares de la sangre.

VIEJOS Y NUEVOS MITOS NECESARIOS

Los mitos van y vienen como cartas
de sangre que se escriben desde lejos.
Se nos enredan en los pies y toman
las riendas del caballo blanco y del
caballo negro de nuestra conciencia.
Se parecen los mitos a una madre
y laten con tibieza de paloma
y con instintos de pequeña fiera.
Han perdido su brillo legendario
tal que viejas familias arruinadas
y han relegado a los antíguos héroes
a la caja de música del libro
donde antíguas rapsodias interpretan.
Mas persevera su remoto viento
soplando desde sueños diferentes.
La libertad y la imaginación
que pidió el mayo del sesentayocho,
la fuerza sindical que desordena
planes de empresa deshumanizantes,
los fuselajes que la ciencia pone

como pulmón humano en el espacio,
la zarpa matemática y exacta
de los ordenadores implacables,
pasan sin alegría a la conquista
de míticos reinados harapientos.
Algo ha de sublimar nuestras miserias,
porque somos mendigos de una magia,
indigentes obreros, catecúmenos
de un inmenso taller, de una liturgia
que construye y bendice,
que destruye y maldice
el complejo artefacto que es la vida.

LOS DESPOSEIDOS

Recitábamos largas letanías,
milenarios, retóricos conjuros
en piadosa madeja, en eufónico
enredo cabalístico de augurios
que a salvo nos dejaban de amarguras,
de atroz sequía y de cruel diluvio.
Amparados de trágicos designios,
los elegidos éramos, los únicos
supervivientes de derrumbamientos,
de maldiciones y de engaños súcubos.

Recitábamos clara, exactamente
la larga letanía, mas de súbito
un pequeño accidente, una palabra
de más, de menos, desbarató el número
y el hilo se rompió, se vino abajo
la feliz protección del viejo escudo.

Y perdimos la magia. A la intemperie,
expatriados del ritual refugio,
caminamos mirando las estrellas
sin saber descifrar sus signos fúlgidos,
olvidadas las claves misteriosas,
desposeidos del poder litúrgico,
sin sus arcanos códigos, ya ciegos
a su señal, a sus preguntas mudos,
a su música sordos, insensibles
al místico caudal de sus efluvios.

Vamos expuestos a la dura y seca
realidad, añadidos al tumulto
de la desilusión. Vemos los dientes
de la miseria, caminamos junto
a los que temen. Defendemos sólo
un humano interludio.

EL DESCONOCIDO

Alguien viene camino de nosotros,
es un desconocido, no hemos visto
su figura jamás y sin embargo
nos está haciendo señas desde lejos.
Lleva una capa demasiado grande
tal si quisiera que sus largos pliegues
ocultasen alguna impedimenta.
Tiene una estampa diluvial, borrosa,
como arrancada de un remoto cuadro
y camina arrastrando hilos de sombra
y una menuda procesión de lágrimas.
¿Qué nos querrá decir con ese brazo
que blande y que describe lentos círculos?
Tremola algo invisible y en el aire
se pierden tan ambíguos aspavientos.
Nos saluda o tal vez nos amenaza
o quiere atestiguar que se aproxima,
y su silueta poco a poco crece
a medida que espacio y tiempo amenguan.

Quizá lo conozcamos y se nubla
la memoria, tal vez alguna carta,
alguna confidencia, algún aviso
nos advirtió de antiguo que vendría,
mas la pizarra del recuerdo es corta
y la borramos demasiadas veces
para anotar las cosas que deseamos.

Alguien viene impreciso y con premura.
¿Qué querrá de nosotros, qué pretende?
Bajo sus pliegues, ¿cuál la impedimenta?
¿Qué aportará al final de su llegada?
¿Nos traerá algún mensaje decisorio?
¿Transformará el quehacer de nuestra vida?
¿Desvelará el absurdo que nos cerca?
¿Desquiciará este mínimo equilibrio?
¿Pretenderá cerrar la puerta angosta
que con tanto tesón hemos abierto?
Es tarde ya para poder hacerle
frente a quien nos discuta estas monedas
de vida que guardamos sin exceso
de ambición ni propósito de enmienda.

Tal vez puede ocurrir que nos confunda
y acaso a otro cualquiera se dirija,
pero olvidarlo ya será imposible
y en el temor y en el desasosiego
estamos aguardando a que se acerque.

MANO EN LA RUINA

Qué cataclismo rompe las ventanas
y acumula sus rastros contra el quicio
y desgaja los goznes que son huesos,
los cercos que son hombros donde rotas
vigas son leño desertor y claman
por su perdida condición de árbol.
La silla que acogió tanta fatiga,
la cortina que fue raso y fue sombra,
el dorado quinqué ya no luciérnaga,
la alfombra no reptil, la llave inútil,
el llavero de lágrimas que abren
un corazón.
Y los espejos casi
testigos atrapados por el miedo.
La desesperación de los estantes,
la traicionada frente de la mesa
donde el pan, el amor, el libro: todo
tuvo su exposición y su liturgia.

Aquel portarretratos repujado
de recuerdos inmóviles, persianas
sin sol, el clavo ardiendo...
Qué hueco hacia el abrazo de las ruinas
entre cristales rotos y ternuras
de agazapada soledad sonámbula
en lo que fuera habitación del sueño,
serenidad cansada, carne rota,
consumida vivencia cotidiana.

... Mas, de pronto, la mano.
Una mano presente aquí en la ruina,
acariciando el caos, el caliente
alfeizar, en la escuadra desquiciada
del marco, reposando su firmeza
de hacedora, de amante, de iracunda.
Una mano segura en la ventana
que fue, corteza viva, rastro activo,
potencia humana desbrazada y sola,
sin su palanca fiel y sin su eje.
Una mano que fue y aquí suscribe
la emocionante historia que alzó un día.

LOS AGENTES EXTRAÑOS

Estáis aquí, campos que miro y toco,
bosques, piedras, colinas. Dáis substancia
a cuanto de mi mente echa a volar.

Estáis aquí, materia que trabajo,
herramienta que uso, hojas que leo.
De mis palabras empapáis la esponja.

Estáis, cuerpo que soy, máquina activa,
andamio que sustenta el pensamiento,
para las aves que me anidan, árbol.

Estáis aquí, lejanas frustraciones,
animales que muertos me corrompen
la sangre que recorre la memoria.

Estáis aquí, ambiciones imprecisas,
deseos de sombría posesión,
agentes de mi afán, mi resistencia.

Estáis aquí, gentes que me miráis
y me robáis la libertad y hacéis
que os salude lo mismo que un autómata.

Os habéis conciliado como antíguos
genios, para reglamentar la vida, los
sueños, para dictar estos poemas.

QUERER NO ES ENTENDER

Querer será poder, pero, asimismo,
¿querer será entender? ¿Quién quiere, entiende?
La voluntad va mucho más de prisa
que la tortuga gris del intelecto
que camina despacio y, mientras quiero,
apenas adelanta algún camino.

Puedes querer tan pronto como quieras
porque querer es puerta que se abre
al campo donde todos nos cumplimos,
al mundo sin fronteras de la rosa
azul del sentimiento y la esperanza.
Pero entender es un pasillo estrecho,
la galería angosta que una luz
ilumina al final difícilmente.

Quiero vivir, aun a pesar de todo,
y no logro entender por qué motivo.

DESENCANTO

Eramos dos en canto y somos des-en-canto,
porque la vida encanta a dos y pasan
en-canta-dos los dos, con dios-en-canto,
con un canto de dios, de dioses juntos.

Pero también la vida des-en-canta,
quita el canto de dos, de dios-nosotros,
quita el en-canto. Canto ya no nuestro.
No estamos ya en el canto
porque perdemos voz, perdemos música,
perdemos la canción que era la vida.

ENVIDIADO Y ENVIDIOSO

Ni envidiado ni envidioso

Fray Luis de León

Cruzas sobre la luna deformante
que defiende la noche del armario
donde se guardan vestiduras, máscaras
para tu *yo* aparente y perseguido.
No eres la odiada presunción, supuesta
figura que atraviesan alfileres
amarillos, la casa tiene sólo
paredes de papel, se viene abajo
y para eso te soplan desde fuera.
Ser blanco de esa flecha nadie busca
mas el espejo nos deforma siempre.
Lo que nunca quisieras haber sido
te sorprende cubriendo tu presencia
y otros ojos se clavan en tu imagen deforme.

Pero también descubres un pequeño
reloj dentro de ti que cuenta sórdidos
espacios y recorta luz y marca
las horas amarillas y el rencor
no sabes bien si nace de ti mismo
o está en la levadura de este pan
mordisqueado a solas y sin gana.
También hay una luna que en tus ojos
pone deformaciones y miserias
y un armario se abre por sorpresa
y caen al suelo extrañas vestiduras.
Estás cogido entres dos fuegos: entre
los pálidos soldados del silencio
y la hueste envidiosa que ocupa tus cuarteles.

EL PUZZLE

Frente a frente y el puzzle en medio. Sé
que pude acertar solo el acertijo
pero es más llevadero buscar juntos
las piezas que completen el diseño.
Nunca damos con todas: huecos hay
porque ignoramos los cartones-guía,
porque no damos con la pieza-clave,
la pieza-madre que clausure el juego.

Tú sabes que encontramos piezas falsas,
quizá piezas que fueran de un tablero
distinto, de otra caja. Parecían
nuestras, mas su perfil no era el exacto.
Apartarlas costó: nunca se juega
sin arrancar un poco de esperanza,
nunca se manipulan los proyectos
sin arañar la piel de la alegría.

Volvamos juntos al rompecabezas.
No tengas miedo de elegir en vano,
siempre vale la pena pretender
dar un poco de amor al jeroglífico.
Poco a poco el enigma se resuelve
aunque se quede un cabo por atar.
Hacer un puzzle es conseguir que todo
concuerde con los límites del sueño.

Porque soñar, jugar, vivir, son sólo
formas de despejar la misma incógnita,
fórmulas variadas de escoger
las piezas y limar sus bordes ásperos.
Tantos años y no hemos hecho nada
más que intentar un poco de armonía
entre las ciegas fichas que nos dieron
por si solucionamos lo insoluble.

EL NIÑO

Sé que temes. Un niño hay en tus ojos
que te esconde su miedo y cuando miras
cruza llorando silenciosamente,
llevando su temblor a tus pupilas.
Sé que temo, y me escondo en tu mirada
y tus manos se juntan con las mías
y de pronto sentimos que se viene
abajo un edificio de ceniza.
Pero vivir es esto: un miedo a medias,
una ciega pavura compartida,
no saber por qué tiene esta materia
que somos, rachas tan estremecidas
ni por qué caminar es ir dejando
menudas piedras blancas en las ruinas.
¿Para volver, acaso? Las pisadas
quieren reconstruir sendas antíguas,
retroceder a panoramas hondos,
a remotas y amadas galerías.

—*Pasan los años*— dices. Han pasado
tantos, que dejan por encima
de nosotros sus sombras como nubes
de una desamparada geografía.
Y temes por nosotros, y yo temo
por nosotros, y un niño resucita
de su muerte en tus ojos, y te beso,
y el niño con nosotros, todavía.

CONSIDERACION

Tú, junto a mí, callada, consideras
a mi lado ese mágico tejido,
esa constelación que nos abraza,
que nos comprende, nos incluye, asume.
¿Está entre las estrellas al agüero,
el agujero azul hacia el presagio?
¿Estamos fabricando nuestras vidas
con nuestras propia realidad amante?
Olvida los augurios. Somos una
historia que el amor promueve y une.
No somos una compañía: somos
la soledad de cada cual en la otra
amparándose apenas. Los indicios
parece que nos llegan por el cielo
que ahora estamos mirando y nos invade
con la sidérea paz de su armonía,
mas no pasan de ser reflejos míticos,
está muerto el augur y ya no vuelve

la sibila, la noche es transitoria.
No es la noche, es la nada la sirena.
Pero la nada es una niña huidiza,
en todos los rincones se refugia,
hasta detrás del corazón, ¿la buscas?
No la verás: se oculta en un latido.
Estás llorando. Era demasiada
la hermosura: la vida no es la estrella
ni la estrella es su luz fantasmagórica
sino sólo un soporte incandescente.
Sí, desilusionada; por tus ojos
veo la realidad. Pero no olvides esto:
cuanto gira en tu torno te completa
y el circo que me cerca soy yo mismo.

SOLO UN POCO DE MUSGO

Yo no sé proclamar la esperanza en el mundo.
Lo he intentado, os lo juro. He mirado la aurora
y he quemado en la altura del corazón hogueras
y en el mar cogí agua con la más blanca concha.

Pero todo es inútil porque todo se vuelve
miseria entre las manos. Cual si en ellas se aloja
una rosa de hielo, poco a poco percíbese
que de nada y de húmedo fracaso era la rosa.

Yo no sé proclamar la alegría de vida.
Lo he intentado, os lo juro. He admirado la joya
de la hermosura, he puesto mi alma en el oído
al que llegó la música de su mejor victoria.

Pero todo es inútil, porque todo es el falso
oro que se recubre de cardenillo. Asorda-
se todo en desacorde ronco y en el silencio
ni el metal brilla ni suena el aire en la sombra.

Yo no sé proclamar salvación en la tabla
del amor. He besado su caliente paloma,
he cruzado los puentes que tendió sobre el ciego
tramo y he respirado su ahogo boca o boca.

Pero todo es inútil porque todo es otoño
y se vuelven de lumbre quebradiza las hojas
y en los troncos de árboles aparecen las hachas
y hacen los leñadores catafálticas podas.

Yo no sé al fin y al cabo proclamar nada apenas,
sólo un rastro pequeño, una mínima espora
para el musgo menudo que tapiza este campo
donde el sol triunfó un día, donde la noche ahora.

LOS TRES CERCOS

Dices: *Esta tierra es mi espejo.*
Y hay paisajes que cruzan por tus ojos
—el espejo eres tú—. Vuelan palomas
rojas debajo de tu piel. Raíces
como pulpos oscuros perseveran.
Peces sombríos nadan en estanques
que un sol deja desnudos, y aparecen
remotas espadañas sumergidas.
Oyes tañer sus trágicas campanas.

Dices: *Esta história es la mía.*
Y un pequeño torrente de sucesos,
de nombres, aventuras, peripecias;
una panoplia de pronunciamientos
llueve sobre tus hombros escogidos,
por tu ungida cabeza derramándose
con su condicionante ejecutoria,
con sus aguas lustrales, sus preciados
estigmas o tatuajes indelebles.

Dices: *Esta esperanza tengo*.
Y un aire inmóvil cubre como mano
benévola tus ojos, y aun enjuga
sus lágrimas benignas, y una lengua
lapidaria interpreta unas verdades
en intangibles flores convertidas
sobre aras donde quedan los rescoldos
de quemadas resinas tan exóticas
como tus sueños acompañadores.

Dices: *Esta es mi tierra,*
esta es mi historia y esta mi esperanza.

Nos has dicho
dónde vives, qué aprendes y en qué crees.
Pero la tarde, indiferente, pasa.

HABLANDO A NADIE

Sé que hablaros es simplemente hablarme,
que si os hablo me hablo y que no hay voces
que os lleguen ni siquiera rumorosas
señales, que no hay signos ni lenguajes
ni códigos posibles, que regresan
las palabras elásticas cual de una
pared: el invisible e implacable
frontón tras el que estáis: la pura nada.

Si os hablo es por hablarme, porque llego
al alto mirador de vuestros años
y todavía en todo este camino
no me he podido acostumbrar a veros
como ahora sois. Como no sois. Presencia
familiar no fugaz. Calcomanía
que se agarra a mi piel, como ese niño
hace con los colores de sus cromos.

El terror a la muerte no es la muerte
quien lo produce: lo produce nada.
Nada es la clave última del pánico,
la cifra absurda de la incomprensión,
el perro con aullido de silencio
que nos echa de casa y sobrecoge
al mostrarnos sus dientes invisibles,
su dentellada azul que no se ve.

Os voy a hablar y sé que no me oís,
sé que no váis a contestarme nada
porque la nada ni oye ni pronuncia
ni palabra ni sueño ni recuerdo.
Os hablo para nada y nada vuelve
con el sonido de vuestra respuesta,
con el eco redondo e inaudible
de la roca que cae en el vacío.

Me acerco a nada y sin querer os hablo
porque os tengo tan cerca que parece
que nada me separa de vosotros.
En tantos años no conseguí nada
ni nada he comprendido todavía.
Ya no estáis, pero ¿sois? Ser y estar, ¿era
diferente? Palabras —viento sólo—
que nada nos aclaran ni descifran.

Por vez última os digo —¿por vez última?—
que sin ser, sin estar, permanecéis
dentro de mí. ¿En mi frente, en mi memoria,
en mi cariño?... Estancias invisibles
que me expulsan y os tengo
conmigo mismo en nada,

en mi nada más honda y acercándoos
conmigo a mi total nada exterior.

Pero si en mi recuerdo os he alojado
¿no es la memoria estigma en la materia,
raya que reproduce la aventura?
¿A dónde iréis cuando yo esté ya en nada?
Va la materia silenciosamente
como el hielo licuado a las raíces
y no hay reminiscencia sino un poco
de tierra que se moja con el llanto.

Os hablo y sé que simplemente hablarme
a mí mismo es lo que hago, y si os escucho
es porque puedo oirme todavía.
(Vivir es una oreja, un laberinto
de vanidad capaz de autoescucharse).
Mas os hablo con miedo de sentirme
—padre, madre— tan cerca de vosotros
que nos separe simplemente nada.

ME IRE

... y yo me iré. Y se quedarán los pájarcs cantando

J.R.J.

Me iré y se quedarán
los pájaros cantando
del miedo y la injusticia.
Me iré: pluma minúscula
en el airón del vuelo
de las aves rapaces
que sus huevos detrás
incuban de mi sombra.
Me iré: el dolor jilguero
perpetuará su trino
en la jaula del asco,
y el tedio como un cisne
seguirá en sus orillas,
y el hambre urraca madre
hurtará el sol de vientres
flaccidamente míseros..

Me iré. El cáncer murciélago
roerá los tejidos
como el mío, adecuando
su mordisco menudo
a la carne diaria
de la dulce presencia.

Me iré, y los amarillos
alcotanes del odio
deglutirán la presa
de sombríos rebaños.

Me iré, y la envidia grajo
continuará sabiendo
que no existen fronteras
ni sexos ni manzanas
sin sus hoscos estigmas.

Me iré, y el cuervo extraño...
y la torva lechuza...
me iré y las hondas águilas...
me iré y el halcón lábil...

Me iré, y sobre mis hijos
continuarán sus vuelos,
sus lentas amenazas,
sobre los hijos de
mis hijos, y los suyos
batirán igualmente
las alas pertinaces,
los helados presagios.

Me iré cuando me doy
cuenta que todo ha sido
como un pájaro mudo,
igual que yo de inútil.

LA REPERCUSION

En las costas australes ha sonado
un pequeño estampido. El hielo rompe
sus estatuas y corre un breve arroyo
de agua o sangre en la noche. Yo lo siento
porque mi cuarto un poco se ha inundado.

En las alturas de Asia muere un pájaro
contra la libertad del horizonte
herido por los rastros de metralla
que recorre la guerra. Lo percibo
porque una pluma cae sobre mi mesa.

Llora por las planicies africanas
un niño abandonado con el vientre
hinchado por el hambre que devora
su menuda armazón. Yo me doy cuenta
porque lágrimas mojan mis papeles.

En alguna ciudad de Norteamérica
un aullido final se ha levantado
desde la silla eléctrica que abraza
a un negro y su condena. Yo lo aprecio
por una sacudida de mi lámpara.

Nada se mueve nunca, ni la hoja
de un árbol sin la expresa voluntad
del cosmos conmovido y simultáneo
y se prolonga en sucesivas ondas
hasta herirnos de pronto en nuestra casa.

EL SECRETO

Hay un viejo gramófono que canta
la tristeza del sueño. Hemos dejado
la ropa al pie de la mujer que muere
mientras alguien prepara una red negra
para apresar el pez de nuestro luto
o bien presiente que podrá asestarnos
ese golpe final que nos acecha.

Siempre vamos de tres en tres por cumbres
que en nieve cuadricula la ventana:
el pasado, el presente y el futuro
no son un yo distinto de este cuerpo
que con fervor la música ahora escucha.

Pero todo el secreto todavía
en oscura maleta está encerrado.

... Y DE LA MISERIA.

LA MISERIA

La miseria es un perro de ceniza
que el cuerpo de su amo despedaza,
clava su dentadura de tenaza
y hasta el hueso la humana carne triza.

Su mordedura nunca cicatriza,
su belfo es el temblor de la amenaza
que busca presa, y en sangrienta caza
sus colmillos azules encarniza.

El hombre atado a su implacable perro
siente en la piel de la caliente anca
el hirsuto metal de la pelambre.

Y no sabe si está el collar de hierro
aprisionando al can, o es la carlanca
la mano al cuello que le pone el hambre.

DESESPERANZA

El hambre es aquel niño que de pronto
rompe a llorar y el cielo es azul sólo
y hay estatuas heladas que caminan
por vacías ciudades.

La sed es una ciega que tantea
el chorro estrangulado de la luz
y hay un ánfora antígua que recoge
inútilmente el agua.

La tristeza es un hombre que va andando
hacia un tarde de cristales rotos
y hay una rosa pobre que perfuma
el corazón del mundo.

La injusticia es la actriz de un escenario
que repite sus lacias bambalinas
y hay un viejo telón que sube y baja
rechinando de hastío.

Y la desesperanza es una oscura
mujer que un día nos mandó unas cartas
donde con fina letra fue escribiendo
injusticia, tristeza, sed y hambre.

EL CANSANCIO

El cansancio es un hombro donde deja
la tarde azul su ceniciento peso
y unas ortigas en los pies arañan
y pensar es un pájaro nevado.

El cansancio es un rostro ("Tiene cara
de cansancio"): la luz de unas pupilas;
un labio que se frunce, una tez de hojas
que recuerda jardines del otoño.

El cansancio camina por las lentas
galerías de trenes subterráneos,
recorre las ciudades y está entre
papeles arrugados que alguien tira.

El cansancio resuena entre los muros,
por los patios sombríos, pulsa timbres,
manipula fallebas y se arropa
con la vieja pelliza del silencio.

El cansancio respira como un hombre
y llora como un niño y se parece
a una mujer que mira desolada
el reflejo del tiempo en sus mejillas.

El cansancio se sube a un escenario
e interpreta un papel tan repetido
que hasta el traspunte arroja su libreto
y el público entre sueños lo presencia.

El cansancio cruzó apagando luces
y a todo hizo perder su hermoso brillo
y un vaho opaco recubrió metales
y disfrazó una gasa los espejos.

El cansancio tiró de las agujas
que tejían lazadas de esperanza
y dejó que los cabos se perdieran
y se enredase el hilo ciegamente.

El cansancio es la lenta golondrina
que vuelve porque aprende nuestros nombres
y que toca el cristal de esta ventana
con un ala que está hecha de nosotros,

porque el cansancio es algo de nosotros
que pasa a ser un vuelo apenas leve,
como si sus insectos voladores
se hubieran ido de nuestra colmena.

El cansancio nos mira desde el fondo
del pasillo en que un niño se escondía,
y una pequeña tos lo ha delatado
y luego ha sonreido tristemente.

El cansancio es tan nuestro y tan de todos,
tan humilde, tan nombre colectivo
que al pronunciar un nombre, cualquier nombre,
se detiene a mirar por si le llaman.

El cansancio coloca entre tus manos
la memoria de tanta atardecida
en que sin darnos cuenta iban las cosas
haciéndose un poquito más difíciles.

EL ESLABON PERDIDO

(*Centenario de Darwin.*)

¿Te llamaré ya hermano, compañero
de esta gran sindical que es estar vivo?

Era ya antíguo el mar, vieja la tierra,
de los ríos remotos los lenguajes.
Era la flora verde compañía
anticipada, y raudos, primitivos,
los animales probladores libres
del suceso diario y permanente.

Cruzarían las nubes por tu cielo
cerebral, densas, grises, limitando
aún más la luz, cerrando su horizonte,
y un paisaje de bosques sin orillas
seguramente alimentó cachorros
de ciegos tigres por el pecho herido.

Tu pie prensil sabía que la rama
es el camino que suplanta al vuelo
y los enormes brazos sospecharon
que las alas jamás serían suyas.
Sólo soñaste acaso, si soñaste,
la aventura de erguir el cuerpo curvo,
de avanzar dominando los ocasos
que se hacían pequeños en tus ojos
y quizás una tarde en ruinas cárdenas
la violenta mano llevarías
al lado izquierdo de tu negro torax
intuyendo la angustia de ser hombre..

Todo iba a ser un hondo cementerio
mas de súbito fue una rosa el aire.

Es difícil pensar tu roma historia,
sentirla en ancestrales lejanías,
percibirla errabunda por la sangre.
Pero relampaguea una pregunta:
¿Inventaste el besar? ¿Por vez primera
sentiste la ardorosa sacudida
del amor cara a cara? ¿Inauguraste
el abrazo frontal de nuestra especie?

EL SACRIFICIO

Paraíso cerrado para muchos

Soto de Rojas

Pasa, difícilmente. Silenciosa mansión, lujo cerrado.
Soledad: niño oscuro. Y esa mujer hermosa
que sonreía siempre. Y esa luz, astro casi,
mar casi de profundas claridades.

Pasa, amorosamente. Recinto para pocos,
tal vez para uno solo, para ti
que eres yo, para ese extraño par
que un día puedes ser tú: ser nosotros.

Pasa, calladamente. Inventando palabras
hacia adentro, viviéndolas, compartiendo su sueño,
haciéndoles preguntas que no obtienen respuestas
como a una sorda y muda, mas bella, compañía.

Pero era necesario romper las torres grises,
exponerse: escuchar, pronunciar nombres,
dar presencias audibles y vestigios sonoros,
tantear con la mano la esperanza.

¿Cómo salir de aquel parterre oculto
si no es cortando rosas, sacrificando rosas
y haciendo de las íntimas palabras cuerpos físicos,
tangibles cuerpos con temblor y sangre?

El destino era ese, y la urgente aventura,
y acaso la condena perfectamente libre:
abandonar las altas estancias, los profundos
corredores. Salir a lo no nuestro

y hacerlo, al fin, tan propio y tan querido
como la pobre patria abandonada,
suplantar con su llanto esos silencios
vendidos en la cruel alternativa.

Y ya no somos más que delatores
de nuestra propia soledad, infieles
a nuestra compañera más amante,
prófugos de un callado paraíso.

Nadie nos recompensa, no esperemos
por ello gratitud. No pagó nunca
Roma a traidores. Y arrastramos de
por vida el sacrificio, tan inútil.

LA VIDA, ESA DESGRACIA

Según una encuesta, uno de cada diez jóvenes considera que vivir es una desgracia.

En qué bosques de pena extraviados
sin haber arrojado las menudas
piedras blancas, regando la esperanza
por intrincadas rutas
para retroceder a la alegría.
O quizá no hubo nunca
un alegre rincón al que volverse,
quizá no se ha partido de ninguna
costa feliz, no ha habido primavera
de madre, de sonrisas o de música,
no abrió domingo alguno su cobijo
de miga de pan tierno, su cochura
dorada, no nacieron las mañanas
de juego azul o de terrón de azúcar.

Hay una puerta en la memoria y nadie
llama. El recuerdo es lámpara: no alumbra.
Es la nostalgia un violín: no suena.
Honda rosa es la infancia: no perfuma.,
Ni va a tocar la mano el terciopelo
de una mirada que renace súbita.

Vida, sombra, madrastra,
pesadilla, rencor, vacía cuna,
trago amargo, tos bronca, ceniciento
pesar o encarnizada quemadura.
Muchacho siempre al norte,
muchacha hecha de lluvia.

La vida es una extraña mujer, un hombre extraño
que empecinadamente se desnudan
y van a un mar que espera silencioso
y oscuro, sin oleaje y sin espuma.

ARTE DE MATAR

Fauces que no devoran son los bosques,
pacíficas batallas los torrentes,
columnas los gigantes de basalto
para el dintel azul del universo.
Y el mar, su masa instable,
el sobrecogedor padre del mundo,
una música líquida y sinfónica.
Pero el vivir humano es ir rompiendo
la armonía y su fuerza: es lucha armada,
es un pronunciamiento, una guerrilla,
una confabulada escaramuza
contra el reino solar de lo dispuesto.
No es la coexistencia del anfibio
ni los tácitos pactos de la fiera,
la conformada adaptación del saurio,
las ausencias huidizas de las aves.
La materia teñida de conciencia

rompe cauces, desgarra veladuras
y remueve los ciclos previsibles,
el escándalo trae y la discordia
porque su manufacturera acción trabaja,
manipula, maniobra: tiene manos
no garras ni pezuñas ni prensiles
miembros, sino que dos manos perfectas:
las manos más perfectas y creativas,
capaces de crear hasta a la muerte.
Esta materia en mano edificada
sus formas de matar ha construido.

JOSAFAT EN LA CIUDAD

Es un relieve oscuro éste mendigo
igual que un medallón de la pobreza
en el friso de piedra de la plaza.
Pasa de prisa y me sonroja algo,
y unos papeles viejos que se adhieren
a sus zapatados crujen en las losas
como sublevación de la amargura.

Es un poco de sol amarillento
el anciano que mira indiferente
mientras la calle pasa por sus ojos
y el tiempo se deshila por sus ropas.
El tráfago discurre como un hielo
que me corta la mano y sangra un poco.

Es como un sordo hábito ese grito
mecánico y eléctrico: azul, rojo,
de una ambulancia que se precipita

por el desierto de mi corazón
transportando el dolor que es ya inhumano
con su propio socorro fugitivo
hacia salas vacías de ternura.

Sólo el color distingue y el destino
inmediato a esa súbita ambulancia
de la carroza fúnebre que frena
ante el cruel semáforo y se mueve
esparciendo unas rosas de monóxido
de carbono hacia nichos despiadados
arrastrando mi sombra sin sentido.

Un nuevo Josafat vuelve los ojos
sin lograr ver a Baarlam, y aprovecha
las míseras lecciones ciudadanas.

LA INDIFERENCIA

Se movían despacio, como quien
sale de una infinita indiferencia,
se movían moviendo entre sus cuerpos
una lejana procesión de niebla.
—"Ayer". Decían unos labrios entre-
abiertos por un breve gesto apenas.
—"Mañana". Pronunciaba casi no
la boca en que dormíase una lengua.
El tiempo en dos palabras, y la vida
en una sola y demorada seña.

Pasaba prodigiosamente un pájaro
y el aire se llenaba de azucenas;
se encendía de súbito una luz
y el agua de luceros era fiesta;
se quejaba una rama entre los árboles
y el fuego recordaba sus hogueras;
crujía el cobre seco de unos hojas

y el corazón se abría de la tierra.
Mas ellos iban lentos, como si
la telúrica madre no existiera.

El miedo no es un pálido fantasma
que nos muestra visajes desde fuera,
un mascarón no es que nos persigue
y trae hasta nosotros su miseria.
El miedo es una mano que por dentro
nos propaga relámpagos de hiedra
y nos tapiza el corazón de verde
sobresalto, de espumas descompuestas,
de geranios podridos, de tronchadas
espigas locas y de hormigas muertas.

Se movían naciendo desde el miedo
y la desesperanza, esa pobreza
que no nos roba el pan sino la música,
que no nos quita techo sino estrellas.
Se movían igual que si supiesen
que nada va a salvar de la tiniebla.
Cual si tuviesen pies de incertidumbre
y pisaran caminos de sospecha,
cual devanando un hilo corto y roto
desde la frustración de sus madejas.

Madejas devanándose por dentro,
el eje libre de la vida enredan.
Se movían despacio. Algo enredaba
la aguja, la bobina, la polea,
algo que dificulta las puntadas
y rompe tramo a tramo la azul hebra
con que se van cosiendo la esperanza
y la ilusión, esas pálidas telas.
Se movían despacio como si
la máquina en espanto y pez cosiera.

"Gentes de atardecer" que un día hicieron
en el "teatro real" su gris escena.

"MOVIDA" de ROCK DURO

Enamorados del horror los cuerpos
luchan bajo cristales, bajo rayos,
bajo fulguraciones.

Más hubiera valido
no haber sido felices.

Nadie quiere saber
qué hay después de la luna
rota, parpadeante, suplicada,
escupida marea de luz verde,
de luz azul, de luz roja. Querida
conflagración de estrellas
espurias. Nadie quiere
saber lo que hubo antes
de los párpados secos
que en música se abrasan.

Más hubiera valido
no haber sido felices.

La música ha quebrado sus espejos
multiplicadamente, ¿en cada trozo
todavía la música refléjase?
Se precipitan los rockeros por
los arrecifes, los escollos de
su musical océano.
Alguien quiere salvarse y ha prendido
las sonoras hogueras de repente
para poder utilizar con prisa
las escaleras del incendio.
Alguien trepa de pronto por las rocas
del estruendo tratando de salvarse
de un seguro naufragio;
las cuadernas se quiebran en bajíos
acústicos.

Más hubiera valido
no haber sido felices.

Duro, tan rigurosa-
mente duro como una
inusitada losa de conciencia,
implacable como un planeta ciego,
como un escarabajo en su ceniza,
como la madre astral de un cataclismo,
el *hard* sacude el mundo, del gusano
al mastodonte ebrio,
de la crueldad a la virtud,
del sacrificio a la condena, porque
la vida es una droga
que produce adicción, y bien mirado
más hubiera valido
no haber sido felices.

COMPASION DE LA MISERIA

Las miserias del hombre
Merecen compasión

Jorge Gillén

Nadie se compadece de esa sombra.
El instinto averigua que la tarde
es un camino trágico de espejos
y nos hace volver los ojos ante
la luz que se reviste de azucena
cárdena y va a morir en los cristales.

Como quien vive en la ciudad cercada
y a propósito olvida el cerco. Nadie
se compadece. Fuera los ejércitos
de la desolación. Los estandartes
de la esperanza se alzan tercamente
mas la derrota se hace inevitable.

Nadie se compadece de lo mismo
que está alojado en su materia errante.
La compasión es una rosa oscura
que en los huertos ajenos va a instalarse,

nunca en la íntima tierra surge, nunca
va a crecer en los hondos arrayanes.

La miseria es un pobre león muerto
que comió un día nuestra propia carne
pero la herida de su dentellada
nos marcaba su estigma desde antes.
Si se murió de sed no será porque
no bebió nuestra propia sangre.

MISERIA DE LA COMPASION

Santa madre de tierra, compadéce-
te de nosotros. Oración diaria.
Consagración de roca y de ceniza
en la liturgia cósmica del miedo.
Compadécete: inútil
acogida, inservible
escolta, redoblar que no se oye
de parches militares hacia guerras
perdidas. Compadéce-
te. Nada. Estérilmente llora
con las viejas leyendas,
con las mitologías suplicantes.
Rasga los vanos sueños,
cortinas que tamizan la luz cruda,
la cruz ruda y tangible
de la verdad, de la solemne cumbre
donde nos crucifican y seguimos.

Hoy me he mirado en los espejos ciegos
de la misericordia. Compadéce-
te. Las supérfluas conmiseraciones
nos rodean de inválidos filósofos,
de levíticas fórmulas inanes.
Compadécete y ara
en el mar. Hoy me he visto
reproducido por cristales fútiles,
como azotando el aire con reflejos
de palabras o imágenes. Golpeando
en hierro frío y escuchando nulas
músicas de miseria compasiva.

LA COSTURERA

Una mujer cosiendo está sus telas
amarillas y azules junto al fuego,
en la estancia alumbrada de presagios.
Es una vieja estampa: el tiempo asume
siglos entre los leños, manos rojas
pasan cálidamente por vasares
donde la loza antígua reverbera.
Un llanto carmesí lame los muros
y un tigre ceniciento las baldosas.

De súbito las telas, los brocados,
se tornan en harapos de mendigo,
deshácense en jirones andrajosos,
en descosidas zarrias suplicantes.
Mas la mujer no cambia, no envejece:
sigue cosiendo entre ceniza y cobre
sin notar que sus dedos manipulan
andrajos recosidos y remiendos,
trozos de miserables vestiduras.

LA MUJER AMARILLA

Ha vuelto la mujer amarilla y silente,
la hemos visto pasar con su saco de niebla
y los niños se esconden en los viejos recintos
y recobran la risa, porque el niño es mañana.

La mujer que es ayer ha tornado de pronto,
es de hoy y recorre callejones de sueño,
y golpea en las puertas con su gancho de bruma,
y los niños sin llanto fatigados se duermen.

Hoy ha vuelto a pasar la mujer amarilla
que recorre la casa con sus pasos lluviosos
y vacía los hondos armarios y sacude
las cortinas colgadas de los clavos del hambre.

EL MISMO MUERTO

Lanzados con temor a la miseria
de anacrónico golpe colonial
los muertos de uniforme resucitan
la vieja hacha por helados bosques.
Hombres de la era atómica.
con pertrechos y ritos computados,
los manipuladores de misiles,
mueren como en las gestas ancestrales
bajo los aviones supersónicos.
Sus cuerpos ruedan como primitivos
combatientes de helénicas leyendas
y en sus pupilas se deshace el sol
lo mismo que en los ojos del medievo.
Van atómicos peces bajo el mar
y va la muerte teledirigida
por el aire que olvidan los planetas
de estigma humano sobre el fuselaje.

Pero la mano herida que conduce
su sobresalto al corazón podría
ser la de un héroe antiguo o un remoto
cazador de planicies africanas,
la del indio aplicándose a su flecha
o la del capitán de espada dueño.
Surte idéntica sangre y se propaga
con el mismo dolor antígua herida
que nunca deja de manar, ahora
y en la hora del fondo de los siglos
y va a fundirse a la inmutable tierra,
a ser igual materia una vez y otra
transformada y que duele en cada uno.

ARTE OJIVAL

Las ojivas reposan en silencio:
en ellas se ha dormido un sueño humano,
son cuerpos vivos de ambición y esfuerzo,
del dominio y la idea son centauros.

Las ojivas concentran vuelo, alas
que hallan en el azul su perspectiva,
su aspiración, su realidad, su exacta
proyección en el aire sostenida.

Las ojivas, misiles nucleares
que hacen su curva centro de terrores,
manchan un nombre puro con el ángel
contradictorio que es la acción del hombre.

LA PINTADA

Pasaba echando fuera en agria tinta
con su desolación y con su furia
las palabras de esputos y de injuria
que el desencanto en las paredes pinta.

La noche deshacía su azul cinta
y la ciudad su maloliente incuria.
Oscenamente alzaba su lujuria
la protesta en el muro, hosca y sucinta.

Y la mano y el brazo, el pecho, el rojo
corazón, desahogaban su tristeza
hacia el pozo amarillo del suburbio.

Mientras el cielo era un sangrante ojo
que lloraba a la luz de la pobreza
la ceniza de un nuevo día turbio.

MUSICA Y MISERIA

La música levanta catedrales
desde el arco ojival de la miseria
y manifiesta sus audibles joyas
desde manos que injuria la intemperie.

De prisa pasan gentes, pasa lento
el tiempo en sus tristezas amarillas,
va y viene penetrándose de llanto
la no muerta esperanza de un pentágrama.

Hay un niño a la orilla de la música
que levanta de pronto la cabeza
y sonríe con ojos como cielos
donde vuelan pequeñas golondrinas.

Se diluye la música en el río
rumoroso, metálico; resbala
lágrima o flor por el cristal que corta
el empañante vaho ciudadano.

La tarde va a poner su nota oscura
sobre la frente que soñó violines
y una orquesta de pájaros o sueños
toca el concierto gris de los fracasos.

Nos alejamos mientras se amortigua
el sonido del arco en cuerdas, venas,
y vamos conducidos a la noche
por música y miseria en la memoria.

LOS PRISMATICOS

Nos enseñan a usar unos prismáticos
y nunca vemos con los ojos libres:
todo a través de lentes convincentes,
de cristales graduados por los ópticos
de una cultura, un tiempo, una experiencia.
Nadie ve de otra forma que mirando
siempre a través de inevitables prótesis
que a su vez ponen paños a las cosas,
las falsean, las cambian, les dan brillos
o de opacos barnices las recubren.

¿Cómo serán las cosas ellas mismas?
Nunca sabré el diseño de la rosa
—así es la rosa—
ni el ángulo del ala
de *aquellas golondrinas que aprendieron*
nuestros nombres.
La *sombra*
del paraíso nunca va a aclararse.

Al uso de unas lentes compelidos,
nada vemos con nítidos perfiles.
¿Cómo serán tus labios que he besado
tanto, tu cuerpo, tus pupilas?

Jamás tendré los ojos tan desnudos
que puedan ver las cosas simplemente.

LAS COSAS

El domador Costumbre obtiene de los tigres
huraños de las cosas mansedumbres domésticas,
se apagan los carbones agresivos del miedo
y cruzamos con hábitos inmunes.

Las cosas reconcentran sus resabios,
se erigen en tiranos y en sibilas,
dirigen nuestra marcha oscuramente
apaciguando caos subversivos.
Las cosas nos imponen sus imágenes,
se instalan hacia adentro, por detrás de los ojos.
Nos contagian
sus irreconciliables manifiestos
mientras nos inoculan su presencia.
Somos cosa también, somos el marco
por el que el mundo es mundo.
Establecemos capitulaciones
porque nos integramos en su odio.

No es el amor lo que nos condiciona
sino los desafectos, los rechazos,
el desacorde múltiple, la ciega
disidencia. En mi mano
comen buitres lo mismo que palomas
y cambian poco a poco su plumaje.

Es la rutina lo que nos redime,
la conmiseración, el arregosto
en nuestra condición participante
del ámbito cruel de la desdicha.

Pasan sublevaciones. Nos arrasan
lo mismo que nosotros arrasamos.
Depredador y depredado somos.
Por eso toleramos el ultraje.

LA EXTRAÑA BEBIDA

Vierte un hombre en la copa que una mujer sostiene
cierta bebida extraña, o es tal vez en su oído
donde la confidencia se vierte, suasorio
licor, hacia recónditos vasos de la conciencia.
El pan, el vino, el blanco mantel sobre el tablero
colocan la sumisas, las serviciales alas
y hay una celosía que da cauce a la luz
difusa en nimbo de ámbar sobre las dos cabezas.
Bajo un arco de sombra las manos ejecutan
sus gestos que rituales, ceremoniosamente,
consagran el milagro de la vida y un aire
estático se adensa, porque es la vida un cuadro
tan sucesivo y múltiple que se presenta inmóvil,
y una mujer y un hombre que se hablan y comparten
una extraña bebida son el umbral del mundo.

TODAVIA LAS BRUJAS

Es sábado y los ritos se suceden
entre una sombra verde y amarilla.
Un lagarto recorre calaveras
y una boca sin rostro escupe lava.
Visibles los espíritus transitan
alrededor del fuego y unos torsos
desnudos movilizan los brebajes
en el caldero madre del conjuro.
Ojos miran atados por el miedo,
pechos se agobian bajo la esperanza
jamás gratificada en el presagio
arrancando al terror del mal agüero.
Y unas mujeres mueren lentamente
violadas por la noche de sus brujas.

EL VUELO MAGICO

Taciturno el *chaman* eleva al cielo
su cabeza febril y busca signos
ocultos de su magia en las estrellas.
Los delgados estigmas del insomnio,
las asechanzas al corazón pobre,
el cerebro y su jaula de menudos
cabrilleros azules, perseveran
en delirante fe martirizada.
El débil se hace fuerte: dioses justos
sustentarán sus fábulas, sus sueños,
sus inocentes crueldades ciegas.
Cantor, poeta, músico, adivino,
médico y sacerdote. Entre sus manos
pasan reinos, leyendas, tradiciones,
la magia secular, la salud como
un ensalmo ya a punto o una yerba.
Una luz interior radiografía
de su esqueleto el árbol amarillo.

Ha manejado el fuego impunemente,
atravesó los nueve hoyos helados,
el éxtasis vistió de plumas raudas
y voló sobre el mar de sus tambores.
Aunque no consiguió salir del tiempo,
tuvo en la libertad su vuelo mágico.

EXILIADOS

Hay un país que suena desde dentro,
que interpreta su música en la sangre.
Camino y no recorro sus provincias,
miro y no me devuelven sus espejos,
escucho y no me cercan sus chirridos,
hablo y sus claridades no pronuncio.

Hay un pájaro blanco que no vuelve,
que ha plegado sus alas en azules
lejanías. Recuerdo sus parábolas,
el desierto solar en que cerníase,
el corte delgadísimo del vuelo,
la rama madre donde persevera.

Hay un paisaje de cerrados mitos,
de solemnes liturgias familiares
que se resumen en pianos rotos,
en cajitas de música, en estuches
para guardar la lágrima del tiempo,
el collar amarillo de los años.

Hay una torrentera sin orillas,
un cataclismo que conmueve rocas
como antiguos cadáveres, y espuma
como sueños frustrados, hacia ríos
precipitadamente desbordantes
por la seca planicie del recuerdo.

Fueron de ayer o son los de mañana.
El exilio nos lastra o nos proyecta,
se queda atrás o vamos a sus simas,
nos acuna su miedo o nos prepara
su mortaja. Nos coge como a prófugos
fusilados en medio de dos fuegos.

CONSEJOS

No nombres la miseria o vendrá su caballo
amarillo. No nombres los lagartos del miedo
o invadirán las rocas de la noche, la piedra
del corazón. No nombres al buitre de ceniza
si no quieres que anide prontamente en tu fronda.

Vivir en esperanza es olvidarse,
no pronunciar los cálidos imanes
del conjuro, alejarse de los nombres.
Quien quiera caminar, no piense nunca
que hay caminos cortados.
Al ir hacia una puerta no preguntes
si podrá estar cerrada.

Se es joven sólo mientras se es miope
para los diminutos laberintos.

EL VIEJO CUENTO

Una mujer pasea sus campanas
entre árboles que agarran a la luna
bajo la noche azul. Por las ventanas
se ve la luz que dentro a un muerto acuna.

Una mujer o un maniquí olvidado
cruza un camino de quinqués abiertos
cada uno en un ojo colorado
que destila su llanto por los muertos.

Una mujer por un jardín de losas
entre parterres de cuidadas vallas
ordenando sus pasos amarillos.

Una mujer inaugurando fosas,
el tiempo contemplando sus batallas
y el miedo perforando sus anillos.

Un cirio abre sus pechos y difunde
la lenta llama de su pelo verde,
una mujer se abrasa azul, se hunde
en lo noche, se pierde

por escalera de gastada alfombra
o quizá descendió por sus peldaños,
o nació lentamente de la sombra
de un taciturno suceder de años.

Toda ya sexo vegetal se mira
los fugitivos pies que fueron plumas
y recorrieron trágicas escalas.

Y el cirio tiembla pero no respira,
y el vientre ola pero ya no espumas,
y el tiempo bate pero ya no alas.

Nada más fácil que perderse dentro
de un laberinto de ceniza. Planos
que van multiplicándose, lejanos,
desde este corazón de piedad centro.

Miramos la pared y nos refleja,
pero no es nuestro rostro, si nos vemos
bien, son los gestos sólo con que hacemos
memoria de otro yo que aquí se espeja.

Entramos y salimos para nada.
De pronto nos espía una mirada
que en la pared esconde su diseño.

Y una mujer con hábitos monjiles
rompe a tocar su música en atriles
de desesperación o vida o sueño.

Una mujer colgada y sin cabeza.
Qué extraña sensación. O es su camisa,
o su disfraz de carne, que da risa,
o su crimen mortal que da tristeza.

Descolgados sus pechos, sin tibieza,
sin el encanto de sexuada prisa,
pálidos los pezones, piel que frisa
en la cera sin sangre y sin belleza.

Una mujer desde ingles arrancadas,
con asas por caderas, sexo ciego,
caparazón de mutilada herida.

Y alguien habla del tiempo de las hadas
arrimando la silla más al fuego
y pasa el viejo cuento de la vida.

LA GOLONDRINA MUERTA

Hay una muerta golondrina oculta
en la roja pared. La primavera
trajo su vuelo inaugural, su capa
de intrusa migratoria que se acoge
a un costado de sangre sorprendida.

Sus alas retroceden como noches
que regresan del alba y buscan guantes
de atardecer y ponen amarillas
gacelas en las venas delatadas
por el soplo de otoño y sus estragos.

Hay un plomo con forma de paloma
alojado en la entraña del centauro
que fui, que fue, que fuimos
por el pequeño y sublevado bosque
de una mitología intransferible.

Avanzamos signados del estigma
y el pequeño cadáver que nos lastra
replantea sus muertes en acecho.
Es como renunciar cada mañana
a un pedazo de carne azul y herida.

Como acortar el paso cada tarde.
Como dormirse cada noche sobre
el hueco que abandona la esperanza.
La primavera es sólo el blanco helado,
el diminuto mármol de tu pecho,

oh golondrina muerta, cáncer vivo.

LA ENFERMEDAD

Algo falla, sin duda porque existo.
La tara que me acosa es signo claro
de que la vida sigue su dramática
batalla cotidiana con la muerte.

El brazo que se duerme corresponde
a un corazón despierto todavía
y este pequeño incendio de la fiebre
es un corroborante de que aún lato.

La imperfección: no hay prenda más segura
de la vida. La muerte es ya perfecta
integración, materia hacia la nada.
La tos como un telégrafo percute

y su mensaje audible es pleura activa.
El dolor es un clavo ardiendo al que
nos agarramos, porque no sentirlo
es la incapacidad total del muerto.

NADIE GOLPEA EN VANO

Nadie golpea en vano las puertas de la muerte
y los puños se rompen en estrellas de cieno,
rebotan las esquirlas de huesos como jambas
de una humana madera contra el ojo del cíclope,
contra el lomo amarillo del centauro,
contra la carne ambígua de la esfinge,
contra el ala sangrienta del ángel mutilado,
del animal bicéfalo que mira a la ternura
y al rencor, contra el rostro
el penacho animal de la quimera.

Nadie golpea en vano. El cielo carcomido
de la miseria salta contra la faz, los ojos
tan humanos que miran frente a frente a su víctima.
Todo se quema y arde en un fuego de rito
cruel, lo más hermoso muestra su pobre estirpe,
su destino de escoria, su condición de tea
y se transforma en cáncer lo que pudo ser héroe
y en llanto lo nacido para sol y esperanza.

Nadie golpea en vano. Contemplad esta puerta
abatida mil veces, sus goznes arrancados.
su roja ala vuelta mordedura de lobo,
su quicio desgajado con sequedad de hueso
sacado de la madre de su puro cartílago,
su picaporte tantas y tantas veces complice
maldecido de abrir paso a la muerte,
su falleba girada a la servicia.

Nadie golpea en vano. Y sus manos se queman,
se adhieren a la sangre como carbón al fuego,
se funden en azufre rencoroso,
y nada tocan ya si no es con los muñones,
extremos calcinados, cenicientos
de las que fueron dulces azucenas del tacto,
manipulantes de lo prodigioso,
tibias y estremecidas en curvas amorosas.

Nadie golpea en vano. Desde el amor crecidas
las manos navegaban a un aire acariciante,
los ojos descubrían los palacios azules,
los pasos ordenaban caminos del crepúsculo,
el corazón volaba por el cielo del pecho
y entraba generoso por los arcos altísimos
donde la libertad era clave y espuma,
era la voz hablando inteligente.

Nadie golpea en vano, nadie golpea en vano.
Se rompen las cerámicas donde lució la aurora
y las flores que riega la sangre se abren pútridas
encima de los féretros y tras las emboscadas.
El odio es la crustácea mirada de un cangrejo,
de un cáncer que ladea su tenaza retractil
arando por la arena de una playa vacía
que se quedó sin mar: del heroismo al crimen.

Del amor al estupro, de la vida a la bomba,
de la paloma al plomo: vuelan desde la misma
mano que los libera. De qué corrupta carne,
de qué lodo o qué pluma esta mortal palanca
que la sangre del hombre reparte en cinco estigmas,
en cinco colindantes residuos de metralla
o esquirlas de magnolia.
entre bandera libre y heliógrafo de muerte.

En nombre de qué patria. Todos somos la patria.
La patria son los hombres y los pies que caminan.
La historia somos todos: el que vive, el que muere,
el que mata. Y el muerto levantando raíces.
A la vez somo víctimas, ejecutores somos,
y errantes camaradas de quemar los pulmones
que es vivir. Nadie mata sin morir con el otro.
Nadie gana jamás si no es perdiendo
sangre: la del vencido, que es la nuestra. Vivimos
sobre muertos que habitan invisibles al lado.

La muerte sólo salva de la vida:
de mi vida me salvo cuando muero,
pero la libertad no la salva la muerte
porque la libertad es un hombre que anda,
sólo un hombre que marcha hacia adelante.
Nadie golpea en vano: al fin salta la puerta
y detrás hay un campo donde nada es fecundo,
hay una soledad que hiela las raíces,
hay un muerto que flota por encima del tiempo
y escupe su ceniza al pecho que ejecuta.

LIBRO SAGRADO

Una escritura de miseria pone
su letra carcomida por las páginas.
Es un grueso volumen donde escriben
manos analfabetas su aventura,
su desventura de renglones tuertos,
su ruin caligrafía de cilicios
y sangre que el papel absorbe y deja
sus claves amarillas y sus trazos
en finísimas rúbricas heridas.

Está sobre las piedras de un recinto
que enlutan los harapos de la noche
y el pequeño farol del desaliento
ilumina a los tristes amanuenses
de su propio destino. Su lectura
es el sagrado menester del llanto.

RESUMEN

Ni el empresario ni el patrono ni
el contratista de la poesía.
Solamente el obrero, el que coloca
la palabra cargada de su barro,
de su argamasa heñida en sangre poco
a poco destilada por las venas
del diario quehacer de la esperanza,
de la resurrección con cada aurora.
Llevo este oficio humilde con la hermosa
tristeza de sentírmelo por dentro
como una mano que anudase años.
Cuatro paredes de palabras, casi
una celda, una cárcel, un asilo,
Monje, recluso, anciano, soy su huésped.
Aquí se alojó el sueño, aquí hubo un niño,
puso piedra el dolor y puso ala
el amor que aún resiste, la alegría
sólo hizo escala técnica, pusieron

su agente vulnerante las dos manos
de la guerra: la activa y la pasiva.
Pone ceniza el desencanto, pone
una ráfaga el viento y vuelve la hoja.
Y se sonreirán los que promueven
luces, triunfos, parábolas azules,
los que prefieren mejorar la rosa.
Ellos tienen razón, porque qué oscura,
qué derrotada, qué directa y pobre
esta menuda hierba cotidiana
que pisa la memoria de los días
con sus lentos zapatos donde deja
sus concéntricas llagas el olvido
y yo dejo sencilla y tristemente
una verdad que acaso soñé ungida.

EL TESTIMONIO

Te lo he contado todo ya. En el tiempo
y en la esperanza, todo te lo he dicho
y hemos mirado, mientras nos mirábamos,
cómo hasta aquí llegó el agua del río.

Te he explicado que estamos a la puerta
de una casa que tal vez no ha existido,
que hemos andado hasta el cansancio, juntos,
por donde acaso nunca fue un camino.

La realidad hemos mirado, tú
y yo, como quien mira su destino,
y hemos logrado descubrir las cosas
libres de cortinajes y exorcismos.

Sabemos cómo son y, aunque nos duela,
ya no nos coge nada sorprendidos.
La vida es una azul muchacha que
se ve al espejo y en su cara hay siglos.

La crueldad tiene los ojos grises,
tiene el rencor los ojos amarillos;
el miedo tiene azules las pupilas
y la miseria de un pálido esquivo.

El dolor es un hombre que camina
y un perro que le clava su colmillo,
y la desesperanza una mujer
con un hueco en los brazos en vez de hijo.

La soledad es una niña que
nunca salió a la plaza los domingos,
y tú y yo somos soplo acongojado
del mundo en que nos toca ser testigos.

INDICE

Un jarro, unos zapatos 9

Del temor

El temor 13
Los cuentos 14
El miedo 16
La soledad 17
La visita 19
Al fin solos 21
Falso espejo 22
Los dos juntos 24
El blanco no es color 26
Los pequeños seres 27
La crueldad 28
Milenarismo 30
El temor soñado 33
Detectores 35
Pero no tienen pánico 36
Viejos y nuevos mitos necesarios 37
Los desposeidos 39
El desconocido 41
Mano en la ruina 43
Los agentes extraños 45
Querer no es entender 47
Desencanto 48
Envidiado y envidioso 49
El puzzle 51
El niño 53
Consideración 55
Sólo un poco de musgo 57
Los tres cercos 59

Hablando a nadie 61
Me iré 64
La repercusión 66
El secreto 68

... y de la miseria.

La miseria 71
Desesperanza 72
El cansancio 74
El eslabón perdido 77
El sacrificio 79
La vida, esa desgracia 81
Arte de matar 83
Josafat en la ciudad 85
La indiferencia 87
"Movida" de rock duro 89
Compasión de la miseria 91
Miseria de la compasión 93
La costurera 95
La mujer amarilla 96
El mismo muerto 97
Arte ojival 99
La pintada 100
Música y miseria 101
Los prismáticos 103
Las cosas 105
La extraña bebida 107
Todavía las brujas 108
El vuelo mágico 109
Exiliados 111
Consejos 113
El viejo cuento 114
La golondrina muerta 117
Las enfermedad 119
Nadie golpea en vano 120
Libro sagrado 123
Resumen 124
El testimonio 126

Catálogo General

ORIGENES

COLECCION TRATADOS DE CRITICA LITERARIA

Serafín Vega González. LITERATURA Y DISIDENCIA EN LA OBRA DE SILVERIO LANZA (Premio "Silverio Lanza", 1983). 500 Ptas.

Elda María Phillips. IDEA, SIGNO Y MITO: EL TEATRO DE JOSE RUIBAL. 600 Ptas.
Gladys Vila Barnés. EL UNIVERSO NARRATIVO DE AUGUSTO ROA BASTOS. 800 Ptas.
Juan Carlos Tealdi. BORGES Y VIÑAS. 800 Ptas.
Juan Cano Ballesta. LITERATURA Y TECNOLOGIA (LAS LETRAS ESPAÑOLAS ANTE LA REVOLUCION INDUSTRIAL, 1900-1933. 550 Ptas.
Jaime Valdivieso. BAJO EL SIGNO DE ORFEO: LEZAMA LIMA Y PROUST. 300 Ptas.

COLECCION LAS BABAS DEL DIABLO

Rafael Flores. CONVERSACIONES CON EL BUHO. 400 Ptas.

COLECCION PARADISO DE NOVELA

David Viñas. LOS DUEÑOS DE LA TIERRA. 350 Ptas.

TRATADOS DE TESTIMONIO

José Lezama Lima. CARTAS (1939-1976). 400 Ptas.
A.C. Márquez Tornero. TESTIMONIO DE MI TIEMPO (MEMORIAS DE UN ESPAÑOL REPUBLICANO). 500 Ptas.

COLECCION LA LIRA DE LICARIO

Javier Arnaldo, ELOGIO DE LA TRAGEDIA (Premio "José Luis Gallego", 1983). 300 Ptas.
Antonio Gutiérrez. VITAL PRESENCIA (LA LUZ). 250 Ptas.
Luis Alonso Chiriboga. LOS JARDINES DEL CREPUSCULO. 350 Ptas.
Carlos Alvarez. REFLEJOS EN EL IOWA RIVER. 400 Ptas.
José Luis Gallego. PROMETEO XX Y LIBERADO. 350 Ptas.
Francisco Guardado Lucas. TRIGAL CON CORNEJA (Premio "José Luis Gallego", 1982). 300 Ptas.
Jaime Ferrán. LIBRO DE ALFONSO 350 Ptas.
Bernd Dietz. COMO TESORO DE DUENDE. EL ARTE DE LA SUSTITUCION. 300 Ptas.
Francisco Matos Paoli. EL CANTO DE LA LOCURA. 400 Ptas.
Francisco Matos Paoli. SOMBRA VERDADERA. 260 Ptas.
Jesús Montoro. CIGUEÑA ROJA, ANADE AZUL, JARDIN DE INVIERNO. 180 Ptas.
Armando Alvarez Bravo, PARA DOMAR UN ANIMAL Premio de Poesía "José Luis Gallego", 1981. 250 Ptas.

COLECCION ASOMANTE DE ANTOLOGIA

Aurora de Albornoz, Julio Rodríguez Luis. SENSEMAYA: LA POESIA NEGRA EN EL MUNDO HISPANOHABLANTE. 550 Ptas.

COLECCION CLASICOS ORIGENES

Ramón Pérez de Ayala. EL OMBLIGO DEL MUNDO, edición crítica de Angeles Prado. 500 Ptas.

COLECCION PLATERO Y TU

José Elgarresta. EL PAIS DE NINGUNA PARTE. 400 Ptas.
Julián del Olmo. ¿QUE CUENTA EL TAXISTA? 250 Ptas.

FUERA DE COLECCION

María Teresa Babín. LA BARCA VARADA. 300 Ptas.

EN PREPARACION

Antonio Hernández. COMPAS ERRANTE.
José Manuel Guzmán. MIS DIAS
Fermín Rodríguez. LA MUJER EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN LA NOVELISTICA DE CONCHA ALOS.

Se terminó de imprimir
en enero de 1985, en
Madrid.

LEOPOLDO DE LUIS, Premio Nacional de Literatura, ofrece en DEL TEMOR Y DE LA MISERIA su última producción. De su poesía ha escrito Concha Zardoya: "La poesía de Leopoldo de Luis —humana, verdadera, conmovida y conmovedora— nos deja una huella imborrable en el espíritu y en el corazón. Nos ha tocado con su dolor, vertido en versos de clásica sobriedad. Nos ha enseñado su lección de ética profunda, animándonos al trabajo solidario, al amor vinculante, a la seria honestidad. Su metaforismo simbólico arranca del mundo circundante, de los objetos, por no buscar evasiones ficticias. Poesía arraigada en la existencia profunda del hombre y en la temporalidad de lo cotidiano. Poesía tonificante porque su estoicismo la salva de ser negativa: nos ayuda a seguir viviendo seriamente, mas nunca disfrazados de frivolidad ni de obtusos optimismos. Poesía grave, sí, que camina hacia la serenidad por la vía del amor y de la esperanza, por el difícil sendero del esfuerzo".